

## LA PRESIDENCIA DE LA EUCARISTÍA

Pbro. Pablo Rojas

Exposición en el Encuentro Nacional de Liturgia  
11 al 13 de agosto de 2009, Cabana, Pcia. de Córdoba.

### PRÓLOGO

Hablo fundamentalmente desde mis deseos, de cómo yo desearía profundamente presidir. Me acojo a aquello de que un hombre es sus deseos, en algún sentido. A partir de la renovación de los textos litúrgicos volvemos la mirada sobre nosotros mismos, sobre nuestra necesidad personal de renovación. "Hacer nuevas las cosas de Dios", no debiera ser solamente una respuesta a una situación de crisis o decadencia, debiera ser en nosotros una actitud constante que se acaba solo en la plenitud de la Vida Nueva, en el cielo.

La presidencia de la eucaristía puede ser mirada desde distintos ángulos (hablo solo de ella). Sólo presento uno que es el que a mí más me alcanza. Esta perspectiva puede ser compartida o no, pero ciertamente debe ser completada por la experiencia y el estilo de cada uno que a su vez dependerá de su estilo de fe, de su imagen de Dios, de su propia experiencia de salvación, y hasta de las cualidades de la personalidad de cada uno.

Puesto que apuntamos a animar un rato de oración, les propongo una mirada de nuestro servicio de la presidencia como **camino de oración y conversión**. Camino y escuela al mismo tiempo. Escuela donde soy alumno primero y maestro después pero simultáneamente. Donde yo me animo a orar y a su vez animo a la asamblea a orar, donde soy un receptor del don de Dios y al mismo tiempo quien lo distribuye.

Apunto sencillamente a combatir esa vieja tentación que no queremos pero que siempre se cierne sobre nosotros que es la de convertirnos en meros funcionarios de la Liturgia. Lo que queremos es ser recreados por la gracia de la Liturgia para que aquello que es siempre igual brote siempre nuevo de nuestro corazón. O sea queremos celebrar con amor. Sabemos que Dios solo se sacia solo de amor. Lo que propongo es una mirada sobre algunas **actitudes** que durante la celebración puedan ayudarnos. No necesariamente conectadas entre sí, pero sí todas animadas por el Espíritu Santo, agente de la Liturgia.

Al proponer una mirada sobre nuestra presidencia desde el punto de vista de nuestra propia oración y conversión no pretendo mostrarla como una forma de devoción personal. Sólo destaco que si no hay un **orante** tampoco habrá un **presidente**, y también que si no hay una **persona**, (alguien que está consigo mismo) tampoco habrá un orante. La única oración real es la que procede entre la verdad de Dios y la verdad de mi mismo. Dios solo se relaciona con mi yo verdadero. Recién aquí habrá una comunidad comunicada.

## PROLEGOMENOS

- A) Fijémonos primero en una actitud que es previa a la celebración que es la MIRADA DE FE sobre todas las cosas. Actitud que debiera ser habitual, antes y después de la celebración, mirada que penetra lo meramente fáctico para fijarse en la realidad como misterio, como epifanía de un Dios que constantemente se revela. Para el que sabe mirar siempre ocurre algo extraordinario. La mirada creyente descubre que **todo lo que acontece es adorable**, todo es Providencia de un Padre, incluso la cruz (¿algo más providente y adorable que Cristo crucificado?). Si esto es verdad en todas las circunstancias, cuánto más en la celebración de la eucaristía. La mirada que traspasa el rito, y que gracias al rito se encuentra con la "res", con la maravilla de Dios salvando, con la maravilla de su pueblo recibéndolo.
- B) Entonces todo comienza con una mirada, o sea una **percepción**. Percibir a Dios presente, percibir su "Gloria", y percibir a su pueblo presente, a su Asamblea santa. Y percibirse a sí mismo como una conciencia entre dos conciencias: la del pueblo que debe ser despertada a su relación con Dios, y la de Dios que también debe ser despertada para que se derrame sobre su pueblo. "Despierta, Señor, por qué duermes, no nos rechaces más". Sí, también tenemos que forzar a Dios, como Abraham que regateó con El, como Moisés que le impidió destruir al pueblo, como María que lo fuerza en Caná, como la cananea que lo fuerza en Sidón. Nos "plantamos" desde Dios frente a la asamblea, y desde la asamblea frente a Dios. Como se ve, **se trata de una actitud contemplativa también de cara a la asamblea**. No se trata de un rejunte de gente sino de la asamblea de Dios, de su pueblo sacerdotal. Es una realidad sagrada ante la cual debemos descalzarnos. Debemos promover nuestro sentimiento de su sacralidad como fundamento de nuestro deseo de servirlos (de lavarles los pies), sabiendo que el pueblo tiene necesidad de la Liturgia y también sentido de la Liturgia. Puede no ser un sentido intelectualmente elaborado, pero sí un "olfato" de cuándo la Liturgia lo conduce a Dios o no. Fuera de esta actitud contemplativa presidiremos más como caudillos que como sacerdotes.
- C) Como es obvio, esta percepción solo será posible bajo la acción del Espíritu Santo. Sabemos que el Espíritu Santo es el verdadero agente de la Liturgia. Sólo el mismo que inspiró la Palabra puede abrir al creyente al sentido de la Palabra proclamada. Sólo el que transforma las ofrendas en cuerpo y sangre de Cristo puede hacer que el creyente reciba con verdadero fruto lo que recibe, y sea también él transformado. Sólo el Espíritu Santo que inspiró en cada tiempo las formas litúrgicas adecuadas puede hacer que sean fuente de vida para cada persona y comunidad, y especialmente para el presidente. Sin el Espíritu Santo la reforma del misal caería en el vacío.

Por eso, si algo puede renovarnos realmente es la constante invocación al Espíritu Santo. Así como la obra del Espíritu Santo nos va poniendo en una relación nueva con la Palabra a medida que pasa el tiempo (se nos van "iluminando" algunos textos), también nos relaciona con la Liturgia de manera distinta con el tiempo. Esto requiere atención a sus mociones. El nos va llevando a la verdad completa también como celebrantes, va suscitando luz y calor en distintos pozos de la Liturgia.

- D) El Espíritu Santo nos llevará constantemente a una conversión que se puede enunciar parafraseando el primer mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas". Si es verdad que "el Señor tu Dios" se revela en Cristo, y que a su vez Él lo revela plenamente en su Pascua, se podrá decir que **hay que amar la eucaristía con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas**. ¿Podríamos nosotros decir también: ¡Cuánto he deseado comer esta pascua con ustedes? Amar la misa más que a sí mismo, cuidarla más que a sí mismo. No hay en nuestro ministerio una "densificación" del Cristo pascual más intensa que la celebración eucarística. Toda la vitalidad pastoral del sacerdote debiera estar brotando de esta fuente. De hecho lo está aunque el sacerdote no lo perciba.

La Liturgia es un camino de conversión sencillamente porque es el ejercicio del sacerdocio de Cristo mediante el cual santifica a su pueblo comunicando la gracia de sus misterios salvadores, si santifica al pueblo también santifica al que preside al pueblo en la misma celebración. Esto implica exponerse a la obra de Cristo, ser un receptor del Don antes de ser el que lo ofrece al pueblo. Su presidencia dependerá en gran medida de su propia apertura a los misterios que celebra, de su propia exposición.

- E) Un primer modelo de presidencia podría ser el **publicano** orando en el fondo del templo. El Señor dice de él que bajó "justificado", bajó "agradable" a Dios, como nosotros quisiéramos ser en la celebración de la Liturgia. El acto penitencial nos ofrece una excelente oportunidad de tomar conciencia de nuestra real situación frente a Dios (la del publicano). Ni siquiera el presidente es digno de levantar la cabeza para dirigirse a Dios, si lo hace no es porque de por sí sea digno sino porque El "nos hace dignos de servirlo en su Presencia". Siempre, en toda forma de oración soy un pecador que habla con su salvador. De aquí la unión indisoluble entre oración y conversión. De lo contrario nuestra oración se convertirá más en una búsqueda de sensaciones agradables, en una especie de autoayuda, más que en una comunión de amor con Dios en Cristo.

- F) De aquí se deduce algo obvio: el sacerdote dentro de la Liturgia antes de ser un presidente es un **creyente**. Es un bautizado que celebra su propia salvación en Cristo. Celebra el impacto que la Pascua ha producido en su propio ser y por eso es un espectador sobrecogido por lo que allí **ocurre**, más allá de lo que él hace. Celebra cuanto y cómo ha entrado en su alma y en su cuerpo la experiencia vital de ser salvado por los misterios de

Cristo. Sólo en la medida en que Cristo sea un verdadero acontecimiento en su vida, siempre nuevo, podrá propiamente **comunicar**, podrá "servir a Dios en su Presencia". O sea, la calidad de su presidencia dependerá fundamentalmente de su experiencia de fe. Entonces se requiere la actitud constante de estar hundiendo las raíces en el suelo vital de la Liturgia. Percibirse alimentándose de ella, sentirse paciente de la Liturgia antes que agente. Cuando se pierde de vista esta actitud el sacerdote se apropiará de la Liturgia en vez de saberse y gustarse como propiedad de ella.

- G) En este sentido, es bueno tener en cuenta que hoy más que nunca se busca en el mundo religioso una **experiencia significativa**. Se mide a las religiones no tanto por su verdad intrínseca sino por su capacidad de ofrecer una experiencia vital de salvación. Hoy día no se valora la Verdad como un conjunto de conceptos bien entrelazados, sino más bien por su capacidad de transformar una existencia. Naturalmente lo nuestro no es responder a las demandas del mercado religioso, pero sí podemos leer humildemente esta búsqueda como un signo de los tiempos que nos llama a una constante purificación de nuestras actitudes y ritos. Se puede decir desde el punto de vista espiritual que para un verdadero cristiano hay solo dos situaciones reales respecto de Dios: la experiencia de Cristo, o la búsqueda de esta experiencia. Fuera de estas dos situaciones sigo siendo un "errante" como Caín, un sin rumbo. Mala situación para quien preside la oración del pueblo. San Pablo nos desea "que tengamos una íntima experiencia de Cristo".

Esto exige que el presidente sea un **contemplativo**, o sea, un admirado por aquello que celebra. Y llevado por el dinamismo propio de la "admiración", que siempre es de abajo hacia arriba, también se sentirá un **pequeño** porque ve que aquello que celebra no sólo es más grande que sí mismo, sino que es justamente aquello que lo engrandece. "En ese pondré mis ojos, en el pequeño y abatido que se estremece ante mis palabras" (¿Miqueas?). Eso queremos; que el Señor ponga en nosotros sus ojos.

Puede ser que en algún sentido hayamos asimilado mal la teología del "ex opere operato", y que llevados por una falsa confianza en la obra de Dios hayamos caído en una oración indolente, descuidando todo lo que es expresivo y experiencia.

Si bien esto es muy importante, siempre mantenemos claro que nosotros no presidimos fundamentalmente desde nuestra experiencia sino desde el mandato de la Iglesia. Pero, ¿se pueden disociar?

- H) De aquí surge una actitud básica del presidente que es su **Humildad**. El es una pequeñez ofrecida a la grandeza divina y a su pueblo. "Yo soy el que soy, tú eres la que no eres" (Sta. Catalina de Siena). Nos preguntamos entonces si nuestro ejercicio de la presidencia es un camino de anonadamiento o de exaltación.

- J) Caemos así en un tema clave para nosotros que el **protagonismo** como un camino de conversión. El rol protagónico nos plantea la necesidad de una ascesis del "yo". Es el punto que distingue la participación del presidente respecto de la asamblea. Participamos en la Liturgia al modo del presidente.

Somos verdaderos protagonistas pero en un **doble sentido**. En un sentido vulgar se puede decir que el protagonista es "el que tiene el papel principal". Nuestro rol está dignificado, somos realmente "principales". Estamos "frente" a la asamblea, nos sentamos en una sede, revestimos ornamentos, ejercemos el magisterio. Todo tiende a la exaltación de sí mismo. En este sentido nuestro yo humano, este yo "desemejante" como el de Adán después del pecado sufre la tentación de **erigirse a sí mismo en vez de Dios**, de arrancarle a la gracia su primacía. ¡Cuántos esfuerzos hacemos los sacerdotes por satisfacer un yo tan expuesto y tan exigente!, ¡y cuánta energía consume esto! Nuestra ascesis naturalmente no consistirá en renunciar al rol protagónico, sino en hundirnos en él, en dejarnos llevar por el Espíritu hasta las raíces de nuestro protagonismo.

La etimología de la palabra nos dice que viene del griego "protagonitsein", o sea "el primero en sufrir". El primero en sufrir, o el primero en "ser afectado". Así aparece claro que **Cristo es el real protagonista** de sus misterios, especialmente si hablamos del misterio pascual. Nosotros obramos "in Persona Christi", no solo en la capitalidad de Cristo sino también en su "cordialidad", de manera que nuestra ascesis consistirá en asociar nuestro protagonismo al Protagonismo de Cristo (nuestro "yo" al "Yo" de Cristo) siendo los primeros en "sufrir" con Cristo, en ser afectados con El por sus misterios, o mejor dicho en dejarnos afectar junto con El; o sea en entrar en el abismo de su Corazón, abismo de gozo, de luz, de dolor y de gloria (Juan Pablo II). Sólo este protagonismo puede liberarnos de aquel otro, del de nuestro yo no configurado con Cristo.

La distancia entre una y otra acepción del término será la distancia que deberemos recorrer en el camino de la conversión. Si pudiéramos "tocar" un sentimiento y otro contrastándose durante la celebración nos serviría de enorme ayuda para encontrar el camino de la humildad.

No olvidarnos que el **anonadamiento** de Cristo y el nuestro con El no es lo mismo que "**anulación**", no debería menoscabar en nada el despliegue de nuestras facultades en el ejercicio de la presidencia. La verdadera configuración con Cristo siempre potencia y libera.

- I) El camino entre un punto y otro, ¡este es el problema! Comparto algo que a mí me ayudó mucho en el intento de recorrer este camino. Leí un proverbio de la tradición del Budismo Zen. El discípulo pregunta: ¿Cuál es el camino hacia la iluminación?, responde el maestro: Los caminos hacia la iluminación son tres: ATENCIÓN, ATENCIÓN, ATENCIÓN. Creo que puede ser una linda propuesta de **ascesis del presidente** (y de toda la asamblea), es todo un camino hacia una presidencia gozosa y fecunda.

Quizá empiece aquí aquella participación activa y consiente que pide el Concilio.

No se trata de una atención esforzada como la de quien estira un resorte, no es propiamente un esfuerzo, sino que se parece más bien a una actitud de **despojo**. Es un despojo de todo lo que no sea "estar aquí, ahora y en esto". Es no permitir que los pensamientos interfieran en esta oración que estoy diciendo, en este canto que canto, en este gesto corporal que adopto, en esta Palabra que escucho o proclamo, etc. Es estar presente a sí mismo, recogido, reducido a "lo uno", a esto. Es ser todo conciencia en cada cosa.

No es fácil, requiere un suave pero determinado combate con los pensamientos que constantemente se cruzan. La tradición monástica los llama "Logismoi", son "pensamientos con energía", tienen fuerza para instalarse en el centro y absorber nuestra atención (deseos, proyectos, ilusiones, rencores, afectos, ensoñación, etc.). Todo tenderá a sacarme del aquí y ahora que la Liturgia me propone. Tengamos en cuenta que en algún sentido el secreto de la vida cristiana está en el cuidado de los pensamientos. Así lo trabajó toda la tradición del monaquismo hesicasta.

Es una actitud parecida a la de una corriente de agua que discurre dócilmente por su cauce, la Liturgia. Se diría que es una actitud "líquida". Dejo que solo la Liturgia me dé forma y cauce. Aquí es donde el presidente deja de gobernar a la Liturgia para ser gobernado por ella. Pero sabemos que lograr esto no es fácil, sabemos que la oración es un **combate**. Entonces reconocemos humildemente que nos cuesta muchísimo presidir nuestra propia oración personal. No puede asombrarnos que nos cueste purificar nuestra presidencia en la Liturgia. Otra vez pedimos ayuda al Espíritu Santo.

Cuando se abandone el combate contra los logismoi, cuando la ATENCIÓN ya no lo gobierne todo, se caerá inevitablemente en la rutina y el aburrimiento. La falta de Novedad en la profundidad me llevará a descubrir hasta el último detalle de lo que en la Liturgia no funciona. Así sobrevendrá la necesidad de buscar la novedad en el cambio permanente, síntoma típico de la acedia. Aquí sobrevivió el técnico, pero murió el liturgo.

- K) Esta suma ATENCIÓN no se trata sólo de un ejercicio mental (que también lo es), sino de una respuesta de fe a La Realidad que tenemos en nuestras manos. La atención es sólo la puerta. Será tan necesario abrirla como traspasarla. Puerta absolutamente necesaria, pero que nos conduce al espacio que el creyente busca para vivir. Si es verdad que la eternidad siempre coincide con el momento presente, si es verdad que solo el "ahora" es el punto de convergencia entre el tiempo y la eternidad, que es el momento del Encuentro; lo es especialmente en la celebración pascual, momento en que se enfatizan el ahora de mi situación actual, el ahora del sacrificio redentor y el ahora del Cristo celestial.

Nos hacemos contemporáneos con el misterio, no solo con el pasado sino también con el sacrificio eternamente ofrecido por Cristo al Padre. Si todo momento puede ser convertido en un "Kairos", en un ahora de la salvación, por aquella mirada creyente que descubre que todo lo que acontece es adorable, que cada momento es un posible Encuentro salvífico, esto se convierte en una realidad objetiva en la misa. De manera que nuestra atención se fija, a partir de "esto que hago" en un "ahora" tridimensional, y por eso misterioso. La atención aúna tres "ahoras" simultáneos. El tiempo, tal como lo conocemos se disuelve; la gracia de la atención nos permite de algún modo mirar el tiempo tal como Dios lo mira. Esto es verdadera participación, es el espacio desde donde queremos presidir. Todo lo que tienda a sacarme de esta simultaneidad milita en contra de la calidad de mi oración, y en consecuencia en contra de la calidad de mi presidencia.

Me ayuda mucho para este ejercicio de aplicar toda la atención a la Liturgia, el haber preparado la celebración meticulosamente hasta el último detalle. Para poder después dejarse llevar relajadamente por la Liturgia. Se lo recomiendo también a todos los agentes de la Liturgia, músicos, acólitos, lectores, etc. Es verdad que a veces la cantidad de misas que tiene que celebrar el sacerdote dificulta mucho esta preparación. Nos queda la pregunta por el equilibrio: ¿hasta dónde conviene multiplicar las celebraciones?, ¿Cuándo y por qué dejan de producir frutos del Reino?

- L) Me pasa, y creo que a otros sacerdotes también, que consumimos mucha energía en pulir las formas de la Liturgia. Me dijo un amigo: "**Quien busca la vida encuentra las formas, quien busca las formas encuentra la muerte**". El presidente que está atento a aquella "escondida fuente" que siempre mana de la Liturgia encontrará las formas propias que mejor comunican la verdad y la gracia que lo han salvado (a nosotros nos vienen predeterminadas las formas por los libros litúrgicos, por eso se trata de aquello "propio" que inspira el Espíritu Santo). Aquellos que viven obsesionados por pulir las formas, los excesivamente atildados, los rubricistas a ultranza, los incansables renovadores, tarde o temprano encuentran la muerte, o sea la pérdida de la alegría profunda de la celebración.
- M) Entonces pedimos la gracia del **recogimiento** sin la cual no hay interioridad, es más sin la cual no hay persona y por lo tanto tampoco diálogo, o sea no hay oración litúrgica. El recogimiento es lo que transforma el silencio como vacío en silencio de plenitud. Creo que es especialmente importante en nuestro tiempo cuidar los silencios de la Liturgia y enseñar a usarlos como momentos en los que se interioriza lo celebrado. Cuando se llenan los silencios con cantos o avisos parroquiales o por una excesiva multiplicación de los guiones es porque se tiene la sensación de que en el silencio la asamblea va a caer en un vacío, como si el Espíritu Santo no tuviera nada que hacer en ese momento. Se percibirá

a la asamblea como un "público" al que hay que entretener constantemente. La Liturgia se estaría impregnando de la cultura del entretenimiento actual, que en el fondo no es más que una respuesta efímera a la desesperación de un hombre que solo y en silencio se aburre, que está constantemente necesitado de estímulos para sentirse vivo, porque en su fondo no hay nada. Ayudar a nuestra gente a expandir su interioridad también es evangelizar. La Liturgia contiene en sí misma esta posibilidad. En los silencios nos hacemos presentes a nosotros mismos, y presentes a La Presencia. El silencio es el "lugar" de la Liturgia escondida, allí donde se gusta la inercia de lo celebrado. Porque al fin y al cabo todo empieza y termina en el corazón.

### TODA LA REALIDAD EN COMUNIÓN

- N) El silencio contemplativo nos pone en contacto con **la plenitud de la Realidad**, accesible solo a la fe. En el canto del Sanctus nos unimos a la Realidad celestial, a los ángeles y santos que cantan en el cielo. Nuestra percepción de la Liturgia no será completa si no la vemos como una participación en la Liturgia celestial. La misa tiene este carácter "crepuscular", está a caballo entre la luz y la oscuridad, entre el cielo y la tierra. Nuestra Liturgia es un ícono de la Liturgia celestial. En la opacidad de lo humano representamos lo que es pura luz en el cielo. Hacemos memoria de los misterios que desde el pasado nos dan vida, pero también nos proyectamos en el anhelo hacia esos mismos misterios que viven y laten ahora en el Corazón del Resucitado. Participamos de la vida del único Cristo que existe ¡EL VIVIENTE! Esto es más **real** que lo que vemos y tocamos y es la Realidad última. El presidente debiera sentirse, y llamar a su pueblo a sentirse en este "ámbito" de gloria. Debiera percibir en la belleza de los ritos una luz atenuada, resplandor de la luz eterna, de la Belleza sin oscuridad.
- O) ...pero también la tierra está llena de su gloria. Toda la creación es gloria del creador....pero no lo sabe. El sacerdote presidente se hace conciencia y palabra de las cosas, da voz en su alabanza al gemido de la creación. En consecuencia debe tener conciencia del cosmos como "gloria" de Dios. Se sabe "hermano" de la creación porque es hechura de su mismo Hacedor. Por eso: "Con ellos (los ángeles) también nosotros llenos de alegría, **y por nuestra vos las demás criaturas** aclamamos tu Nombre cantando" (Pleg. 4). El sacerdote también sabe que preside la alabanza de toda la creación.
- P) La celebración eucarística es una **acción escatológica**. En algún sentido es una dramatización de la **Realidad final**, de la recapitulación de todo en Cristo. Es estar ya en el cielo, pero a oscuras. Así aparece la eucaristía como "**cumbre**" "de la vida de la Iglesia. "Todo ha sido consumado", hacia esto apuntaba todo el esfuerzo evangelizador de la Iglesia. La misa es FIN, y así debe ser vivido por el que preside. En algún sentido después de la misa ya no hay nada que hacer. Hemos alcanzado, provisoriamente lo

definitivo (paradoja). Dios y su pueblo definitivamente aliados. Aunque no lo hayamos alcanzado en plenitud no deja de ser **real**. También por esto la eucaristía es alimento. Es la meta del peregrino que irrumpe en su presente para hacerse alimento de su esperanza. El peregrino, que ya no es un "errante", hace una experiencia adelantada de la meta. La "meta" sorprende al discípulo en su caminar (Emaús); no la alcanza él sino que es alcanzado por ella. Y en este sentido, renovado en su ardor y con sus ojos abiertos, también es "**fuelle que alimenta**". Todo vuelve a comenzar.

¿Qué dice esto al presidente?, que celebre con gozo, que descanse, como quien degusta el FIN.

De aquí deviene una actitud fundamental. **La actitud festiva**. Que viene de esa conciencia de la Redención ya obrada. Si entendemos la misa sólo como convite fraternal, o como celebración sólo de "esta" vida, no podría ser por sí misma el último fundamento de la fiesta. Si nos olvidáramos del rumbo feliz que Cristo y su Pascua ya dio a toda la historia humana hacia sí mismo, nuestra fiesta se convertiría en la fiesta del Titanic, en una inconsciencia trágica.

- Q) Todo esto se trata de la contemplación de la Belleza del misterio pascual. Imbuidos de esta belleza tratamos de expresarla en la Liturgia. Es muy importante que la Liturgia sea bella porque Dios es bello. Por eso cuidamos el ambiente en que celebramos, la belleza de las cosas y de las formas. Nuestro esfuerzo por hacer las cosas lindas se sustrae al vicio del esteticismo sólo en la medida en que es epifanía del misterio pascual. Nada más hermoso que Cristo crucificado y resucitado. La belleza también es expresión de lo mejor del corazón humano que rinde culto a su Dios. Las unciones de los pies de Jesús: llanto y perfume; belleza de adentro y de afuera. Nuestra religión, y diría que también todas las demás con sus ritos son la verdadera reserva de belleza que imperiosamente necesita el mundo. Pero la belleza de la Liturgia se distingue de las demás porque no produce sólo una emoción estética, sino una experiencia de lo trascendente. Es una belleza que nutre no sólo los sentidos sino también la esperanza, sin la cual esta vida, cerrada sobre sí misma sería pura fealdad. Basta con recordar la fría y aplastante estética del comunismo soviético (murales, desfiles, esculturas, etc.). No podía ser de otra manera porque no era una expresión del alma humana tal cual es, sino de un proyecto de ingeniería social, de una utopía inmanente. Naturalmente, de ese concepto del hombre y la sociedad no podía surgir nada realmente bello. Curioso, que un alma sensible y creyente que sufrió aquella ingeniería, acuñó esta frase tan hermosa: "La belleza salvará al mundo" (Dostoievski).
- R) Hablando de belleza, María Santísima es verdadera maestra del presidente. Ella guardaba en su corazón todos los misterios del Señor con un amor y comprensión que nosotros quisiéramos tener; nosotros que presidimos esos mismos misterios. María late de amor por ellos y en deseos de comunicarlos. Quien se deje llevar por su corazón tendrá el secreto de la presidencia.